

CONVERSACIÓN DEL REY CALID Y DEL FILÓSOFO MORIEN SOBRE EL MAGISTERIO DE HERMES

Relatada por Galip, esclavo de este Rey

PRIMERA PARTE

El rey Calid, después de haber reconocido y de hacer que se aproximara el hombre de Dios que le habíamos traído desde los desiertos de Judea, donde por orden suya fuimos a buscarle, hizo que se sentara cerca de él y le habló así:

Venerable Anciano, te ruego que me digas cuál es tu nombre y cuál es tu profesión, pues no te lo pregunté la primera vez que estuviste aquí, ya que desconfiaba de ti y no creía que fueses lo que realmente eres.

A lo que Morien respondió:

Me llamo Morien, profeso el cristianismo, y mis hábitos y manera de vivir bastan para ver que soy Ermitaño.

¿Cuánto hace, *-dijo el Rey-*, que eres ermitaño?

Lo soy, *-respondió Morien-*, desde cuatro años después de la muerte del rey Hércules.

El Rey quedó muy satisfecho con la prudencia, la humildad, la delicadeza y la modestia de este hombre.

Pues no era un gran hablador ni un arrogante, sino una persona humilde, sabia y afable, como correspondía a un hombre de su profesión. El Rey le dijo entonces:

¡Oh Morien! ¿No harías mejor estando en algún monasterio con los religiosos que allí viven en comunidad, alabando y rogando a Dios con ellos en la Iglesia, antes que vivir aislado en los desiertos y en la soledad?

¡Oh Rey!, *-respondió Morien-*, todo el bien que tengo me viene de Dios, y sólo de Él espero lo que haya

de suceder: que haga conmigo lo que le plazca. Indudable-mente estaría mucho mejor en un monasterio antes que en la soledad y entre montañas, donde sólo recibo sufrimiento, pero nadie recoge si antes no siembra, y no se puede recoger más que lo que se ha sembrado. Por esta razón espero de Dios y de su bondad infinita que no me abandone en esta vida mundanal. Pues la puerta para ir al reposo verdadero es muy estrecha, y nadie podrá entrar por ella si no es por medio de aflicción y mortificaciones. Todo cuanto dices es, sin duda, muy verdadero, *-dijo entonces el Rey-*, pero siendo un cristiano quien lo dice, me parece falso.

Lo que obligó al Rey a hablar así es que por aquel entonces era un pagano y todavía adoraba a los ídolos.

Y Morien le respondió:

Si lo que digo es verdadero, como reconocéis, necesariamente deberéis estar de acuerdo en que mis palabras sólo pueden proceder de un espíritu verdadero. Pues, de la misma forma que las cosas verdaderas provienen de lo que es verdadero, las falsas proceden de lo que es falso, las eternas de lo que es eterno, las pasajeras de lo que es pasajero, las buenas de lo que es bueno y las malas de lo que es malo.

Entonces el Rey, tomando la palabra, dijo:

¡Oh Morien! Ya se me han dicho muchas cosas favorables acerca de tu persona, de tu firmeza y de tu fe. Ahora veo que todo cuanto se me ha dicho es verdadero, y he de confesarte mi fascinación y admiración. Esto es, precisamente, lo que me hizo desear el bien de volverte a ver y de conversar contigo, pues además del asunto sobre el que hablaremos, deseo que me instruyas y me enseñes otras cosas.

Y Morien replicó:

¡Oh Rey! Ruego a Dios, que es todopoderoso, para que os aparte del error en que os encontráis, y os permita conocer la verdad. En lo que a mí concierne, nada hay que deba admiraros. Yo soy uno más de los hijos de Adán, como lo son todos los demás hombres. Todos tenemos un mismo origen y no tendremos más que un mismo fin, aunque llegemos a él por diversos caminos. El pasar de los años transforma al hombre, porque está sujeto al tiempo, y lo confunde. En cuanto a mí, no he cambiado tanto como cambiarán aquellos que vendrán detrás de mí, cuando tengan mi edad. Después del último cambio viene la muerte, que no excusa a nadie y que se considera la mayor de entre todas las penas, pero antes de que el alma se junte al cuerpo, y después de su disolución o separación, todavía deberá sufrir una pena más cruel, que no es ningún tipo de muerte. Pero ruego al Creador todopoderoso para que siempre esté dispuesto a socorrernos.

A juzgar por las cosas que acabas de decir, *-dijo entonces el Rey-*, parece creer que mi intención es burlarme de ti. Y si esta es la opinión que tienes de mí, con lo anciano y sabio que eres, más mereces ser burlado que alabado.

Después de esto el Rey me llamó y me dijo:

Galip, mi fiel servidor, busca una casa para este hombre, que sea bella por dentro y por fuera, que esté bien amueblada y próxima a mi Palacio. Encuentra también a alguien de su religión, que sea sabio, adulto y hombre. honesto para que le consuele con su conversación y no tenga motivo para enojarse, pues se muestra asustado, y no parece tener ninguna confianza en mí.

Hice lo que el Rey me ordenó. El Rey visitaba a Morien todos los días, y permanecía algunas horas conversando con él para intentar ganarse su confianza,

pero por este medio no le dijo nada de todo su Magisterio. Sin embargo, después de haberse familiarizado mucho el uno con el otro, y habiendo entablado una gran amistad, Morien se abrió al Rey y confió en él. El Rey le formuló algunas preguntas sobre las Leyes de los Romanos, y si éstas habían cambiado mucho conforme a la diversidad de los tiempos. Le preguntó cómo se habían comportado los primeros Reyes y cónsules durante sus Gobiernos, y también le interrogó sobre la historia de los Griegos. Morien respondió con mucha educación a todas sus preguntas, con lo que el Rey despertó por Morien un enorme afecto que jamás había sentido ni experimentado por nadie. Un día, mientras estaban conversando, según su costumbre, el Rey le habló así:

Muy sabio anciano, hace ya mucho tiempo que busco el Magisterio de Hermes. He preguntado a muchos acerca de él, pero todavía no he encontrado a nadie que haya podido decirme la verdad. Por eso, después de haberte marchado de mi país sin que yo lo supiera, y después de leer las palabras que habías escrito en el vaso del Magisterio que conseguiste hacer, palabras que decían: *Quienes tienen en sí mismos cuanto necesitan, no necesitan auxilio de nadie*, y después de entender qué significaban esas palabras, di muerte a todos aquellos que, durante tantos años, me habían rodeado para trabajar en esta Obra, porque falsamente se envanecían de saberla hacer. Ahora di, te lo ruego, ¿qué es verdaderamente este Magisterio? ¿Cuál es su sustancia y su composición?, Así recibiré de ti la satisfacción tan largamente buscada. Y si me respondes, yo y mis posesiones nos entregaremos tan enteramente a ti que estaremos dispuestos a irnos contigo a tu país si así lo deseas. Por tanto, no tengas más sospechas de mí, como al parecer las

tenías en otro tiempo, y de mí no temas violencia o perjuicio alguno.

¡Oh Rey, bueno y sabio!, *-dijo entonces Morien-*, ruego a Dios para que os conceda la gracia de ser acepto. Ahora veo que lo que os ha obligado a hacerme venir ha sido que tenáis una gran necesidad de mí. Para mí fue fácil venir a vuestro encuentro, tanto para enseñaros el Magisterio como para haceros manifiesto cuán admirable es el poder de Dios. Por lo demás, nada temo y no guardo desconfianza alguna en vos; porque el temor demuestra que no se está seguro de la verdad. Un hombre sabio no ha de temer nada de nadie, pues si temiera podría desesperar de alcanzar éxito, sería presa de la duda y de la incertidumbre y, en consecuencia, nunca podría hacer nada. Y dado que vos me mostráis tan gran afecto, y viendo que sois firme y severo, y sin embargo bueno y paciente en vuestras resoluciones, no os quiero ocultar durante más tiempo el conocimiento del Magisterio. Ved que alcanzáis sin esfuerzo y con más facilidad que nadie aquello que tanto habéis deseado. Por siempre sea bendito el nombre de Dios.

Ahora veo, *-dijo el Rey-*, que aquél a quien Dios no concede paciencia, fácilmente se extravía pues se precipita demasiado y viene a caer en una horrible confusión, y veo también que la precipitación proviene del diablo. Y aunque yo sea nieto de Machoya e hijo de Gesid, que fueron Reyes, claramente veo que todas las grandezas de la Tierra no sirven de nada en esta Obra, y que para alcanzarla no bastan más fuerzas o potencias que aquellas que provienen de Dios altísimo y todopoderoso.

Morien respondió:

¡Oh buen Rey!, ruego a Dios que os convierta y que os haga mejor. Aplicaos ahora en considerar y examinar este Magisterio, y permaneced en la seguridad de

que lo sabréis y comprenderéis fácilmente. Pero recordad ante todo que debéis estudiar muy bien el principio y el fin. Pues por este medio y con la ayuda de Dios, descubriréis con más facilidad todo cuanto es necesario para realizarlo.

Pero os advierto que este Magisterio, que tanto habéis buscado, no se descubre ni con violencia ni con amenazas, y que no puede ser comprendido hasta que no se ha llegado a su término; y os advierto que tan sólo aquellos que son pacientes y humildes, aquellos que aman a Dios sincera y perfectamente, pueden aspirar a poseerlo. Pues Dios no revela esta divina y pura ciencia más que a sus fieles servidores, y a quienes, en la eternidad y por su divina providencia, ha dispuesto que descubran un tan gran misterio. Así, todos aquellos a quienes ha hecho una gracia tan singular, deben reflexionar muy bien a quien pueden confiar un secreto tan grande, antes de comunicarlo y descubrirlo, pues ha de ser considerado como un don de Dios, don que Él concede como le place, y a quienes se dignó elegir entre sus fieles servidores. Y éstos, continuamente, deberán rebajarse y humillarse ante Dios; reconocer con entera sumisión que sólo de Él han obtenido este bien y no usarlo más que según las órdenes de su santa voluntad.

Yo sé, *-dijo entonces Calid-*, y conozco bien que nada excelente ni perfecto puede hacerse sin la ayuda y sin la revelación de Dios, pues Él está infinitamente por encima de todas las criaturas y que inmutables son los decretos de su santa voluntad.

El Rey, entonces se volvió hacia mí y me dijo:

Galip, mi fiel servidor, siéntate y escribe fielmente todo lo que nos oirás decir.

Y Morien, tomando la palabra dijo:

El Señor todopoderoso y creador de todas las

cosas creó a los Reyes con un poder absoluto sobre sus súbditos, pero no está dentro de su poder la facultad de cambiar el orden con que fue establecido el mundo. Es decir, no pueden hacer que las cosas que Dios puso en primer lugar sean las últimas, ni que aquello que fue puesto en último lugar ocupe el primero; y (a los Reyes) es imposible saber nada si Él no se lo revela, ni descubrir nada si Él no se lo permite y si antes Él no lo ha resuelto así.

Del mismo modo no saben guardar ni conservar lo que les ha sido dado salvo por la fuerza y virtud extraordinaria que se les envía de lo alto. Y lo que hace que Dios parezca todavía más admirable es que los Reyes no pueden, con todo su poder, retener su alma ni conservar su vida más allá de lo que Dios ha establecido. Y solamente Dios es quien ha elegido, entre todos sus servidores, a quienes le ha parecido bien, y a esos ha destinado para que busquen esta ciencia divina, desconocida y oculta a los hombres, para que la guarden y conserven oculta en sus corazones después de haberla descubierto.

Se trata de una ciencia admirable que desata y libera a quien la posee de la miseria de este mundo, de forma que lo conduce y eleva hasta el conocimiento de los bienes de la vida eterna. Por eso los antiguos filósofos la guardaron con enorme celo hasta la muerte, y se la transmitieron de unos a otros por tradición, como una herencia que sólo les pertenecía a ellos. A esos tiempos siguieron otros, donde esta ciencia fue casi aniquilada y despreciada por todo el mundo.

Pero a pesar de todo el desprecio a que fue sometida, se conservaron muchos libros de los antiguos filósofos, libros en los que esta ciencia se encontraba por entero y sin mentira alguna. Y aunque fueron muchos los que se aplicaron a su estudio, nadie pudo realizar el Magisterio

debido a la multitud de nombres distintos que los antiguos sabios siempre dieron a las cosas relativas a este Magisterio, cosas que era necesario saber para conseguir llevarlo a buen término.

En cuanto a mí, yo he conocido perfectamente la verdad, y vos habéis visto la prueba de ello. Pero aunque los filósofos, nuestros predecesores, hayan otorgado muchos y diversos nombres a su Magisterio, y aunque hayan entremezclado sofisticaciones diversas para oscurecer más la cosa y hacer más difícil su conocimiento, es cierto, sin embargo, que todo cuanto han dicho es totalmente cierto, como han podido comprobar por experiencia propia muchos de los que han hecho el Magisterio.

Y siempre se creyó que se habían aferrado a esa oscuridad y disimulo para impedir el conocimiento de su ciencia tanto a locos como a insensatos, que abusarían de ella, y para que quedara reservada a todos aquellos que fueran juzgados dignos de poseer un tesoro tan grande, para que sólo estos pudieran entender sus palabras.

Así pues, aquel que encuentre los libros de los filósofos verdaderos que los estudie cuidadosamente hasta que los entienda de la manera veraz, aquella manera en que deben ser entendidos. Pues todas sus dificultades no debieran apartar a nadie de la búsqueda de este Magisterio, y no por ellas debe desesperar el hombre de alcanzarlo si tiene una firme esperanza y una entera confianza en Dios. Que continuamente ruegue a Dios para que le conceda la inteligencia de este secreto, para que le sea concedida la gracia de hacer y realizar una Obra tan divina y admirable. Que le pida encarecidamente su luz para conocer esta admirable perfección, para que le ilumine y para que le conduzca por la vía recta y verdadera, sin desviarse jamás hasta que, felizmente, alcance el fin de la Obra.

¡Oh Morien!, *-dijo entonces el Rey-*, ya es

suficiente, si te parece, en lo que respecta a la conducta que se debe mantener antes de empezar esta Obra.

Entiendo bien lo que acabas de decir al respecto y te prometo que lo observaré estrictamente si quieres enseñarme bien el Magisterio.

Por tanto, explícamelo muy claramente, te lo rue-go, y hazme entender lo que hace tanto tiempo que deseo saber, para que no me vea forzado a efectuar una larga búsqueda o un estudio tedioso que podría desanimarme y desviarme del buen camino. Te ruego pues que entremos en materia, con el comienzo de la cosa, y que continuemos el camino sin confundir nada y sin invertir el orden necesario.

A esto Morien respondió:

Os declararé la cosa seguidamente y por orden; comenzad a preguntarme lo que os plazca...

SEGUNDA Y PRINCIPAL PARTE

*de la conversación entre el rey Calid
y el filósofo Morien sobre
el magisterio de Hermes*

Calid:

Ante todo, te ruego que me digas cuál es la principal sustancia y materia del Magisterio, qué cosa es, si está compuesta de varias sustancias o si no ha de hacerse más que de una sola materia.

Morien:

Cuando una cosa de la que se duda no se puede dar a conocer por su efecto nos deberemos servir, para probarla, del testimonio de varias personas que certifiquen que es verdadera. Sin embargo, acerca de esto que me preguntáis yo no alegaré aquí la autoridad de los antiguos, sin declararos previamente y en lo que concierne a la principal sustancia y materia del Magisterio, lo que en muchas ocasiones yo mismo pude conocer por experiencia

propia. Y si prestáis atención a lo que os diré sobre mí mismo y sobre la autoridad de aquellos antiguos filósofos a los que citaré, conoceréis de modo evidente que todos, de una forma unánime, hablamos de una misma cosa, y que todo cuanto decimos es verdadero.

Y para satisfacer vuestra solicitud deberéis saber que no existe más que una sola, primera y principal sustancia, que es la materia del Magisterio; que de esta materia se hace *uno*, que este *uno* se hace con ella, y que no se debe añadir ni quitar nada a lo que ella es. He aquí la respuesta a lo que me habéis preguntado.

Ahora voy a alegar el testimonio de los antiguos filósofos, para demostraros que todos estamos de acuerdo.

Hércules, que fue Rey, sabio y filósofo, cuando fue interrogado por algunos de sus discípulos les respondió: *«Nuestro Magisterio procede primeramente de una Raíz, que primero se extiende y reparte en muchas cosas, y después vuelve a ser, de nuevo, una sola cosa. Y os advierto que le es necesario recibir aire»*.

El filósofo Africanus dijo: *«Los cuatro elementos, es decir, el calor, el frío, la humedad y la sequedad, provienen de una única fuente, y algunos de ellos se hacen a partir de los otros, que son los mismos, pues de estos cuatro unos vienen a ser raíces de los otros y los otros están compuestos de esas raíces. Las raíces son el agua y el fuego y los compuestos, la tierra y el aire»*. El mismo Africanus dijo a María: *«Nuestra agua tiene dominio sobre nuestra tierra: es grande, luminosa y pura; pues la tierra ha sido creada a partir de sus partes, y con las partes más groseras y espesas del Agua»*.

Hermes dijo de modo similar: *«La tierra es la madre de los otros elementos, todos proceden de la tierra y todos vuelven a ella»*. Y añade: *«Del mismo*

modo que todas las cosas vienen de uno, así mi Magisterio está hecho de una sustancia y de una materia. Y de la misma forma que el cuerpo del hombre contiene los cuatro elementos, también Dios los ha creado distintos y separados y agrupados en uno, pero repartidos por todo el cuerpo; porque un único cuerpo los contiene a todos, como si estuviesen sumergidos en él, y los retiene a todos en una sola cosa. Y sin embargo cada uno de ellos hace una operación particular, cada una de las cuales es distinta de la de los otros. Y aunque todos estén en un mismo cuerpo, nada impide que cada uno de ellos tenga su color particular, y que cada uno tenga un dominio distinto. Eso mismo sucede en nuestro Magisterio, porque los colores, que dependen cada uno de un elemento, aparecen sucesivamente, y uno detrás de otro». Los filósofos han dicho de este Magisterio otras muchas cosas similares, como después veremos.

Calid:

¿Cómo y de qué manera se puede hacer que en este Magisterio no haya más que una raíz, una sustancia y una materia, si en los escritos de los filósofos se encuentran muchos nombres de esta raíz, todos ellos distintos?

Morien:

Cierto es que a esta raíz se le han dado muchos nombres, pero si consideráis bien lo que acabo de decir y el orden en que os lo he dicho, veréis que efectivamente no hay más que una raíz, una sustancia y una materia del Magisterio. Y para que lo entendáis mejor os voy a citar y explicar otras autoridades de los antiguos filósofos sobre este sujeto.

Calid:

Termina de explicarme el Magisterio de esta obra.

Morien:

Hércules dijo a algunos de sus discípulos: «El

hueso del dátil es producido y alimentado por la palmera, y la palmera lo es por su dátil. Y de la raíz de palmera, surgen varios brotes pequeños que se multiplican y producen otras muchas palmeras alrededor de ella». Y Hermes dijo: «Observa el rojo perfecto, y el rojo disminuido y el rojo total; también deberás considerar el naranja perfecto, y el naranja disminuido de su color anaranjado, y el color anaranjado total. Y mira aun el negro completo, y el negro disminuido de su negrura, y la negrura total. Del mismo modo, la espiga procede de un grano y de un árbol salen muchas ramas aunque el árbol no proceda más que de su semilla».

Otro sabio, que renunció al mundo por amor a Dios, nos cuenta un ejemplo parecido diciéndonos: *«La simiente es la primera formación del hombre; y de un grano de trigo proceden cien, y a partir de una pequeña semilla se genera un gran árbol, y de un hombre sale una mujer semejante a él; y a partir de este hombre y de esta mujer nacen con frecuencia muchos hijos e hijas, que tienen la tez, los rasgos y el rostro distintos»..*

Ese mismo sabio nos dice además: *«Fijaos en el sastre: a partir de una misma tela hace una camisa y toda suerte de ropajes, y cada parte tiene un nombre particular y distinto de los demás. Y sin embargo, al considerar estas partes naturalmente, es decir según su materia, se verá que todas están hechas de un mismo tejido, y que una única tela es la principal materia con la que se han hecho todos los vestidos. Pues, aunque los cuerpos, las mangas y los faldones tengan nombres distintos en tanto que partes del vestido, el paño es, no obstante, su principal materia. Pues se podría deshacer el vestido, y separar sus partes quitando el hilo por donde han sido cosidas y unidas, pero no por ello dejará*

de ser la misma tela, sin que haya necesidad de otra tela distinta para ello».

Así nuestro Magisterio es una cosa que subsiste por sí misma, sin tener necesidad de ninguna otra cosa. Este Magisterio está oculto en los libros de los filósofos, y cuantos han hablado de él le han dado mil nombres distintos. Está sellado y no se abre más que a los sabios. Pues los sabios lo buscan con diligencia, y lo encuentran después de haberlo buscado, y cuando finalmente lo hallan lo estiman y dignifican; pero los necios se burlan de él y lo tienen en poca estima, o a decir verdad, no lo estiman en absoluto, porque no saben lo que es.

He aquí algunos de los nombres que los sabios, en sus escritos, han dado a su Magisterio. Lo han llamado semilla, que cuando se transforma se torna sangre en la matriz, hasta que se cuaja y se convierte en una especie de pedazo de carne. Y esto sucede así hasta que la criatura recibe otra forma, a saber, la del hombre, que sucede a esa primera forma de carne. hasta que necesariamente sea hecho un hombre.

Otro de esos nombres es que antes de llegar a su perfección recuerda a la palmera por el color de sus frutos y por el de sus semillas. Los filósofos también comparan su Magisterio a un granado, al trigo o a la leche, dándole otros muchos nombres, pero todos ellos no tienen más que una raíz o fundamento; pero según los efectos diversos, los distintos colores y las muchas naturalezas de este Magisterio, se le dan muchos nombres distintos, como dijo el filósofo Herisartes.

Y puedo asegurar en verdad que nada ha hecho tropezar y errar tanto a quienes han querido hacer el Magisterio como la diferencia y pluralidad de nombres que se le han dado. Pero una vez se haya reconocido que todos estos nombres se le han impuesto sólo por la diversidad de

colores que aparecen en la conjunción de las dos materias, procedentes de una sola raíz, ya no será fácil extraviarse del camino que se ha de seguir para hacer el Magisterio.

Calid:

A propósito de los colores creo recordar que has dicho que se convertían los unos en los otros.

Querría saber si esto se da por una sola operación o disposición, o si se transformarán de este modo con dos o varias operaciones.

Morien:

La materia cambia por medio de una sola operación, pero a medida que esta materia recibe nuevos colores por el calor del fuego, más nombres distintos se le dan. Por eso el filósofo Datin le dijo a Eutiquio: *«Te haré ver que los filósofos cuando multiplican las disposiciones y operaciones de nuestro Magisterio, no tienen otra intención que instruir y esclarecer a los sabios, y al mismo tiempo cegar completamente a los necios. Pues, del mismo modo que el Magisterio tiene un nombre que le es propio, tiene también una disposición u operación que le es particular, y para hacerla también hay una sola y única vía totalmente recta. Por ello, aunque los sabios hayan dado diversos nombres al Magisterio y aunque hayan hablado de él de formas diversas, como si se tratase de muchas cosas distintas, siempre han sabido que se trataba de una sola cosa y de una sola disposición u operación.»*

Que esto os baste, ¡oh, buen Rey!, y os ruego que no me interroguéis más sobre este asunto. Pues los sabios que nos precedieron, hablaron de muchas operaciones, de muchos pesos y de muchos colores y llenaron sus escritos de alegorías en atención al vulgo, pero jamás mintieron sino que hablaron como creyeron oportuno que debían hablar y como entre ellos lo entendían, para ocultar su

secreto y hacerlo ininteligible para los demás.

Calid:

En lo que respecta a la naturaleza y sustancia del Magisterio ya es suficiente. Ahora te ruego que me hables de su color, hablando claramente y sin oscurecer tu discurso con alegorías o símiles.

Morien:

Los sabios siempre tuvieron la costumbre de hacer su Azoth o Alumbre a partir de él y con él, pero lo hacían antes de teñir ninguna cosa por su mediación. Buen Rey, con esto ya os digo mucho en pocas palabras, y si deseáis que retomemos la autoridad de los antiguos para daros un ejemplo, escuchad lo que dijo el filósofo Datin: *«Nuestro latón, aunque primeramente fue rojo, es inútil si permanece en ese estado; pero si del rojo pasa al blanco valdrá mucho»*. Por esta razón Datin dijo a Eutiquio: *«¡Oh Eutiquio, ten esto por seguro y otórgale una firme creencia»*.

No en vano los sabios han hablado así: *«Ya hemos quitado la negrura y hemos hecho que aparezca la blancura con la Sal nitro (o Sal de naturaleza), y el Almizadir es decir, la Sal amoniaca, que es fría y seca, y ya hemos fijado la blancura. Por eso le damos el nombre de Boreza que en Árabe quiere decir Tincar (borato de sodio)»*.

Hermes confirma esta autoridad del filósofo Datin cuando dice: *«La negrura aparece en primer lugar, después con la Sal nitro aparece la blancura; al principio fue rojo, después, al final, fue blanco. Cuando se le quita la negrura por completo, adquiere un rojo brillante»*. Y María dijo: *«Cuando el latón es quemado con el azufre, y cuando la blandura (mollesse) se expande sobre él, se disuelve, de forma que pierde su ardor, entonces toda su oscuridad y negrura es expulsada*

de él, transformándose así en oro purísimo».

El mismo filósofo Datin añade: *«Si el latón se quema con el azufre, y si la blandura se expande por encima de él, entonces, con la ayuda de Dios, su naturaleza será cambiada a algo mejor, y se tornará más perfecta de lo que era».* Otro filósofo dice: *«Cuando el latón puro cuece durante mucho tiempo y llega a ser brillante como los ojos del pez, cabe esperar que en ese estado sea útil, y sabed que para entonces retornará a su naturaleza primitiva».* Otro dice que: *«Cuanto más lavada sea una cosa, más clara aparecerá, es decir, mejor. Y si el latón no es lavado, no aparecerá ni claro ni transparente, y no recuperará su color».*

María también dice: *«Nada puede quitar al latón su oscuridad o su color, pero el Azoth es como su primera cobertura. Esto se entiende cuando se hace la cocción, pues entonces el Azoth colorea al latón y lo torna blanco. Pero el latón recupera su dominio sobre el Azoth transformándolo en vino, es decir, tornándolo rojo como el vino».*

Otro filósofo dijo también que: *«El Azoth no puede, sustancialmente, quitar el color al latón, ni cambiarlo, excepto en apariencia; pero el Azoth se ve privado por el latón de su blancura sustancial, porque tiene una fuerza maravillosa que aparece por encima de todos los colores. Pues cuando los colores han sido lavados quitándoles la negrura y la suciedad, de suerte que aparece el blanco, después de esto, digo, el latón adquiere dominio sobre el Azoth, y lo vuelve rojo».*

El filósofo Datin también dice que: *«Todas las cosas no proceden sino de él, que todo está con él, y que toda tintura procede de su semejante».* El filósofo Adarmath dice también: *«Si los antiguos sabios han dado nombres tan distintos a las cosas y han utilizado tantos*

símiles es con la finalidad de haceros entender que el fin de esta cosa rinde testimonio de su comienzo, y su principio da testimonio de su fin, dándose a conocer de este modo y recíprocamente el uno al otro y para que también sepáis que no es más que una sola cosa, que tiene, sin embargo, un padre y una madre, y su padre y su madre la alimentan y le dan de comer Y no obstante no es una cosa que pueda ser en modo alguno distinta de su padre y de su madre».

Eutiquio también dice: «¿Cómo es posible que la especie sea teñida por su género?». El filósofo Datin dice también: «¿De dónde es lo que ha salido de él y que a él regresará?».

Calid:

Ya es suficiente en lo que concierne a la naturaleza de la Piedra y a su color.

Digamos ahora alguna cosa de su composición natural, de su tacto, de su peso y de su gusto.

Morien:

Esta Piedra es suave al tacto, y es más suave de lo que es su cuerpo. Pero es muy pesada y muy dulce al gusto, y su naturaleza es aérea.

Calid:

¿Cuál es su olor antes de ser hecha y después de ser hecha?

Morien:

Antes de ser hecha tiene un olor fuerte y huele mal; pero después de hacerla tiene un buen olor. Por ello el sabio dijo: «*Esta agua quita el olor del cuerpo muerto y que ya ha sido privado de su alma; pues el cuerpo en este estado huele muy mal, y tiene un olor que recuerda al de las tumbas*».

También por ello dijo el sabio: «*Aquel que blan-queará el alma y la elevará una segunda vez, aquel que*

haya conservado bien el cuerpo y que le haya quitado toda la oscuridad y despojado de su mal olor, podrá hacer que esa alma entre en el cuerpo, y cuando estas dos partes se unan, sucederán muchas cosas maravillosas».

Por eso, cuando los filósofos se reunieron ante María algunos de ellos le dijeron: «Sois afortunada Maria, por-que el divino secreto oculto, siempre alabado, os ha sido revelado».

Calid:

Te ruego que me expliques como se hace el cambio de naturalezas, quiero decir, cómo lo que está abajo asciende a lo alto, y desciende lo que está arriba; de qué manera el uno se une al otro hasta mezclarse y hacerse una sola cosa.

Dime también quién es la causa de esta mezcla, cómo esta agua bendita lava, rocía y despoja al cuerpo de su mal olor, ¿es este aquel olor del que se ha dicho que recuerda al de las tumbas, donde son sepultados los cuerpos?

Morien:

Con toda razón el filósofo Azinaban, después de que Oziambe le preguntara cómo se podía llamar naturalmente a esta cosa, le respondió que su nombre propio era animal, y que cuando tenía este nombre olía bien, y no quedaba ninguna oscuridad ni hedor alguno en ella.

Calid:

Ya se ha hablado suficiente sobre la búsqueda del Magisterio en general; ahora te pregunto si se trata de una cosa de vil precio o si es cara, y te ruego que me respondas la verdad.

Morien:

Tomad en consideración lo que dijo el sabio: que el Magisterio se acostumbra a hacer de una sola cosa. Imprimid esto, y con fuerza, en vuestro espíritu, pensad en

ello y examínadlo bien hasta que ya no tengáis ninguna duda al respecto.

Sabed que el azufre *Zarnet*, es decir, el oropimente, arde por completo, y que cuando arde queda completamente consumido; pero el Azoth resiste más tiempo a la combustión mientras todas las demás especies o materias puestas al fuego se consumen de inmediato. ¿Cómo podríais, pues, esperar nada bueno de una cosa que instantáneamente es consumida por el ardor del fuego, y que al arder queda reducida a carbón? Además, os advierto que ninguna otra Piedra ni ninguna otra semilla es propia para este Magisterio. Pero vos considerad si podéis dar un buen régimen a una cosa pura y muy limpia, pues sin esto vuestra operación no producirá nada.

Por esa razón los sabios han ordenado y han dicho que si encontráis en el estiércol lo que buscáis, lo debéis tomar, y si no lo encontráis no tenéis más que meter la mano en la bolsa, porque todo lo que es caro es engaño-so e inútil para esta obra.

Guardaos muy mucho de todo gasto en este Magisterio, porque cuando se finalice, ya no tendréis más gasto que hacer. Por eso que el filósofo Datin dice: «*Te recomiendo que no hagas ningún gasto en el peso de las especies o materias, y principalmente en el Magisterio del oro*». El mismo filósofo nos dice: «*Aquél que, para hacer el Magisterio, busque alguna cosa que no sea esta Piedra, es como un hombre que quiere subir una escala-ra sin peldaños y, al no poderlo hacer, se cae de cabeza*».

Calid:

¿Estás hablando de una cosa extraña o se encuentra en abundancia?

Morien:

Acerca de esto el sabio dijo: «*tanto es para el*

rico como para el pobre, para el pródigo como para el avaro, para aquel que anda como para el que está sentado. Pues es una cosa que se tira por las calles y que se pisotea en los estercoleros donde yace». Ésta fue la causa por la que muchos han buscado en el estiércol, creyendo que allí la encontrarían, y fracasaron. Pero los sabios han conocido lo que era, y a menudo han probado y recomendado esta cosa única que contiene en sí a los cuatro elementos y que tiene poder sobre ellos.

Calid:

¿En qué lugar o mina se ha de buscar esta cosa para hallarla?

Aquí Morien se calló, y bajando la cabeza meditó largo tiempo lo que debía responder al Rey. Finalmente, irguiéndose, respondió:

Morien:

¡Oh, Rey!, os confieso la verdad: Dios, según su deseo, ha creado en vos esta cosa tan notable, y no podrá ser separada, y que todo lo que Dios ha creado no podría subsistir sin ella, de manera que si se la separa de alguna criatura ésta muere repentinamente.

Calid:

Si no me explicas lo que acabas de decir, no entenderé nada.

Y **Morien** respondió:

Los discípulos de Hermes le preguntaron: «*Buen maestro: los sabios que nos han precedido, compusieron libros sobre este Magisterio y los legaron a sus hijos y discípulos; te rogamos que no nos ocultes su explicación, antes bien, acláranos lo antes posible eso que los antiguos dejaron un poco oscuro en sus escritos*». Y él les respondió: «*¡Oh, hijos de la Sabiduría! Sabed que Dios, el Creador altísimo y bendito, ha creado el mundo a partir de los cuatro elementos, todos ellos distintos*

entre sí, y que ha puesto al hombre entre esos elementos como su más gran ornamento».

Calid:

Te ruego que me expliques mejor lo que dices.

Morien:

¿Qué necesidad hay de tanto discurso, oh, Rey?

De vos se extrae esta cosa, vos sois la mina, pues se encuentra en vuestra casa, y para confesaros sinceramente la verdad, se toma y se recibe de vos. Y cuando la habréis probado, aumentará en vos el amor que sentís por ella. Tened la seguridad de que cuanto os digo es verdadero e indudable.

Calid:

¿No has conocido nunca otra Piedra que sea parecida a esta de la que hablamos, y que tenga también la virtud y la potencia de operar como ella la cosa de que tratamos, es decir, el Magisterio y la transmutación de los metales imperfectos en plata y oro?

Morien:

No, no he conocido ninguna parecida a ella ni que produzca sus mismos efectos. Pues esta Piedra contiene en sí los cuatro elementos, es parecida al mundo y a la composición del mundo, y en el mundo no se encuentra ninguna otra Piedra que se le parezca, es decir, que tenga su misma composición y naturaleza. Así, aquel que buscare otra Piedra en este Magisterio fracasará en su operación.

Todavía hay otra cosa que debéis saber. Se trata del comienzo de este Magisterio, cosa esta que os apartará de todo error. Tened cuidado de no abandonar esta raíz y de no buscar estos cambios, porque no encontraríais el bien ni el fruto buscado.

Además, os advierto que observéis completamente todo lo que ha sido dicho hasta ahora.

Calid:

¡Oh Morien!, muéstrame ahora la cualidad de esta operación o disposición, pues después de lo que me acabas de enseñar, tengo la esperanza de que Dios nos ayudará.

Morien:

Os la diré del mismo modo que los antiguos y yo la hemos recibido, pues tenéis razón en hacerme esta sol-citud. Ya que para comprender bien esta operación y para hacerla bien, es menester que en su régimen observéis regularmente todas las partes, que son las disposiciones u operaciones necesarias para llevarla a cabo, según el orden en el que están dispuestas, y como se siguen naturalmente, sin omitir ninguna.

La primera de estas partes es la cópula. La segunda es la concepción. La tercera es la preñez. La cuarta es el alumbramiento o parto y la quinta es la nutrición. Así, si no hay cópula, no habrá concepción, y si no hay concepción no habrá embarazo ni parto.

Es así que el orden de la operación recuerda a la generación del hombre. Pues el Creador todopoderoso, altísimo y grandísimo, eternamente bendito sea su nombre, creó al hombre no a partir de partes o trozos que ya existían, como ocurre con una casa, que se hace de trozos ensamblados: el hombre no ha sido hecho de partes artificiales o que hayan subsistido anteriormente y, en cambio, una casa está compuesta con todo tipo de piezas, ya sean los cimientos, las murallas o el tejado, es decir, por partes unidas artificialmente. No es así como ha sido compuesto el hombre, porque es una criatura, es decir, tiene en sí un alma creada por Dios inmediatamente. Y cuando su esencia se transforma a partir de su primera conformación, siempre viene a ser, gracias a este cambio, un ser más perfecto. De manera que el hombre siempre se perfecciona mientras se produce, y en eso se diferencia de

las cosas artificiales, pues cuando se forma, crece y aumenta de día en día, y de mes en mes, hasta que el Creador altísimo acaba de perfeccionar su criatura según un tiempo preestablecido y unos días determinados.

Y aunque los cuatro elementos estuvieran en la materia seminal de que se compone el hombre, también están en el hombre mismo; sin embargo, el Dios Creador ha prescrito un término, y ha delimitado un tiempo durante el cual ha de ser perfeccionado. Transcurrido este tiempo, el hombre queda enteramente formado. Tal es la fuerza y la Sabiduría del Altísimo.

Pero sobre todas las cosas debéis saber, ¡oh, buen Rey!, que este Magisterio es el secreto de los secretos del Dios grandísimo, y que Él es quien ha confiado y encomendado este Secreto a sus Profetas, cuyas almas ha puesto en su Paraíso; también debéis saber que, si los sabios que vinieron después de ellos no hubiesen comprendido lo que dijeron acerca de la grandeza del vaso donde se hace el Magisterio, jamás habrían podido hacer la Obra. Por tanto, no olvidéis nada de lo que os acabo de decir. Ya os he dicho antes que no hay una gran diferencia entre la manera de hacer este Magisterio y la manera en como es producido el hombre.

Y ahora digo que en este Magisterio no hay nada animado, nada nace, ni nada crece sino después de la putrefacción y después de haber sufrido alteración y cambio.

Y es esto lo que ha hecho decir a un sabio que:

«Toda la fuerza del Magisterio se halla después de la putrefacción. Si no se pudre no se podrá licuar ni disolver, y si no se disuelve volverá a la nada».

Calid:

¿Qué ocurrirá con esto después de la putrefacción?

Morien:

Después de la putrefacción, la cosa llegará a un estado tal, que el Dios todopoderoso y Creador Altísimo producirá la composición buscada.

Sabed pues que este Magisterio requiere ser creado y hecho dos veces, y que son dos acciones y dos operaciones y que están de tal modo enlazadas la una con la otra que, cuando una de ellas es acabada, la otra comienza, y que cuando esta última ha sido hecha, todo el Magisterio queda realizado y cumplido.

Calid:

¿Cómo puede ser que este Magisterio deba ser hecho y creado dos veces, si antes has dicho que para hacerlo no hay más que una materia y una única vía recta?

Morien:

Lo que he dicho es verdadero porque todo el Magisterio se hace de una cosa, y no hay más que una vía y una manera de hacerlo, porque una de estas operaciones es similar a la otra.

Calid:

¿Cuál es esa operación por la que, según has dicho antes, puede hacerse todo el Magisterio?

Morien:

¡Oh, Rey!, ruego a Dios que os quiera iluminar.

Lo que vos me pedís es una operación que no se hace con las manos.

Y muchos sabios se han lamentado de lo muy difícil que es, asegurando que si alguien, por medio de su ciencia o de su trabajo, pudiera descubrir el medio de hacerla, sabría cuanto es preciso para realizar la obra, y le sería fácil terminarla. Pero, por el contrario, quien no pueda encontrarla ni por su ciencia ni por su trabajo, ignorará por completo todo el Magisterio.

Calid:

¿Cuál es, pues, esa admirable operación?

Morien:

Si consideráis y examináis seriamente lo que lo sabios han dicho de ella, la podréis conocer fácilmente.

Ved como han hablado de ella: esta operación es un cambio de naturalezas, y una mezcla o admirable mixtura de estas mismas naturalezas, es decir, de lo cálido y de lo húmedo con lo frío y lo seco, que se hace por una disposición u operación muy sutil.

Calid:

Puesto que esta operación no se hace por mano de hombres, dime con qué se puede hacer.

Morien:

Esta operación o disposición se hace como dice el sabio, o sea, el Azoth y el fuego lavan y purifican el latón, quitándole por completo su oscuridad. Dice el sabio: *«Si sabéis regular y proporcionar bien el fuego, con la ayuda de Dios, el fuego y el Azoth os bastarán en esta operación»*. Y por ello, Elbo, apodado *El Asesino*, dijo: *«Blanquead el latón y rompéd vuestros libros, no sea que vuestros corazones sean desgarrados»*.

Calid: Esta operación o disposición, ¿tiene lugar antes o después de la putrefacción?

Morien:

Precede a la putrefacción. pero no hay otra operación antes de ella.

Calid:

¿Entonces qué es?

Morien:

Toda nuestra operación no es otra cosa y no consiste más que en extraer el agua de la tierra, y volverla a poner de nuevo sobre la tierra, hasta que esta tierra se pudra. Pues esta tierra se pudre con el agua y con ella se limpia. Y después de ser lavada, el régimen de todo el Magisterio quedará completamente acabado, con la ayuda

de Dios.

Esta es la operación de los sabios, tercera parte de todo el Magisterio. Además os advierto que si no limpiáis perfectamente el cuerpo impuro, si no lo desecáis, si no lo volvéis completamente blanco, si no lo animáis haciendo entrar el alma, y si no le quitáis todo el mal olor, de manera que después de haber sido lavado, la tintura que caiga sobre él lo penetre, no habréis hecho nada en el Magisterio por no haber observado bien el régimen. Sabed además que el alma entrará prontamente en su cuerpo, pero no se unirá de ningún modo con un cuerpo extraño.

Calid:

Dios el Creador acuda siempre en nuestro auxilio, pero tú, ¡oh, filósofo!, enséñame, te lo ruego, la segunda operación, y dime si empieza donde finaliza la primera.

Morien:

Sí, esto sucede como decís. Pues una vez lavado el cuerpo impuro del modo que ya ha sido dicho, deberéis poner con él la cuarta parte del fermento en proporción de lo que aquel es. El fermento del oro es el oro, al igual que el del pan es el fermento del pan.

Después de esto ponedlo a cocer al Sol hasta que ambas cosas queden tan bien unidas que no formen más que un único cuerpo. Después, con la bendición de Dios, comenzaréis a lavarla. Para blanquearla, tomaréis una parte de la cosa que hace morir, y coceréis durante tres días, y guardaos de no olvidar o suprimir ninguno de estos días. Es necesario que el fuego arda y que aporte un calor continuo e igual, de modo que ni aumente ni disminuya, sino que siempre sea suave e igual, de lo contrario se seguiría un gran perjuicio. Pasadas diecisiete noches, examinad el vaso donde hicisteis cocer esta composición. Quitad el agua que encontraréis dentro, añadid otra agua, y

repetid la misma cosa tres veces. Pero es necesario que el vaso esté siempre en el horno, sin que sea agitado, hasta que el tiempo de la fermentación del oro se haya cumplido, y hasta que alcance la octava parte de su tintura. Y después de veinte noches, cuando se haya extraído y desecado bien, lo que se obtiene se llama en Árabe *Vexir*. A continuación, tomad vuestro cuerpo, que habréis lavado y preparado, y ponedlo diestramente sobre un horno, para que sea allí rociado todos los días en su vaso, con la cuarta parte de la cosa mortífera o que mata, que tendréis preparada a tal efecto, cuidando que la llama del fuego no toque vuestro vaso, pues si lo tocara todo estaría perdido.

Hecho esto, poned con pericia vuestro vaso en un gran horno, y haced un fuego sobre su obertura para que arda continuamente y con la misma intensidad durante dos días, sin aumentarlo ni disminuirlo; después de esto, deberá retirarse del horno con todo lo que está en su interior; porque, con la ayuda de Dios, la operación se habrá hecho por segunda vez.

Calid:

Lo haremos todo como dices. Bendito sea el Nombre del Señor.

Morien:

¡Oh, buen Rey!, debéis saber además que toda la perfección de este Magisterio consiste en tomar los cuerpos que están juntos y que son semejantes. Pues estos cuerpos, por un artificio natural, están unidos substancialmente el uno con el otro, y se armonizan y disuelven, recibiendo el uno al otro, y enmendándose y perfeccionándose mutuamente; de forma que toda la violencia del fuego sirve para tornarlos más bellos y más perfectos. De este modo, el que se aplique a buscar la Sabiduría, después de conocer a la perfección cómo

conviene tomar estos cuerpos, disolverlos, prepararlos bien, mezclarlos y cocerlos, también deberá saber después el régimen de fuego y los grados de calor que es conveniente aplicar, de qué manera debe ser hecho su horno, cómo debe encender su fuego, es decir, en qué lugar del horno ha de hacerlo, cuantos días ha de durar este fuego, y la dosis o los pesos de estos cuerpos (es decir, qué cantidad conviene poner de cada uno), porque si procede con prudencia y con razón, llevará a término su propósito con la asistencia de Dios. Pero que se guarde de toda precipitación, y que obre con precaución y razón y, sobre todo, que tenga una firme esperanza.

Es la sangre la que une principalmente y con fuerza los cuerpos, porque los vivifica, los une y los reduce a un solo y único cuerpo. Esa es la razón por la que, durante mucho tiempo, se debe hacer y mantener un fuego muy suave, siempre igual en tanto dure, ya que el fuego, que por su calor penetra en seguida el cuerpo, lo consume con rapidez.

Pero si se añaden heces de vidrio, éstas impedirán que los cuerpos que han de ser transformados en tierra, queden abrasados. Pues cuando los cuerpos ya no están unidos a sus almas, el fuego los abrasa rápidamente. Pero las heces de vidrio son muy propias a todos los cuerpos, porque los vivifican y acomodan, y permiten que alguna cosa pase de unos cuerpos a otros, impidiendo que sean abrasados y que noten demasiado el efecto del calor..

Cuando queráis obtener estas heces, las deberéis buscar en los vasos de vidrio. Y cuando las encontréis, guardadlas y no las uséis hasta que se vuelvan agrias sin llegar a ser fermento, porque de lo contrario no podríais hacer nada de lo que pretendéis.

La tierra fétida también recibe rápidamente las chispas blancas, e impide que durante la cocción la sangre

quede convertida y reducida en tierra condenada (*terre damnée*), es decir, que quede abrasada. Aquí hay que pres-tar mucha atención, porque la virtud y la fuerza de la sangre es enorme. Por ello es necesario romper, es decir, dividir la sangre para que no impida o perjudique. Pero no es necesario romper hasta que el cuerpo sea blanqueado. De no ser así, la negrura se apoderará de todos los colores que queden, quiero decir, de los colores de las venas que antes han sido consumidas por un nuevo ser, que pertenece a este Magisterio. Toda cosa, de la que no hayáis visto la verdad al principio, es por completo engañosa e inútil. Esto es también un secreto del Magisterio, que yo he abreviado aquí y que os he explicado, a saber, que una parte de esta cosa transforma mil partes de plata en oro purísimo.

Lo que hasta ahora os he dicho debe pues bastaros para el Magisterio. Todavía queda, sin embargo, alguna cosa sin la cual aquel no puede ser concluido. Debéis saber ante todo que aquel que busca esta divina y pura ciencia, ha de considerarla un don de Dios, don que Él otorga y confía a aquellos a quienes ama. Por siempre sea bendito su santo Nombre.

Ahora, ¡oh buen Rey!, prestadme toda vuestra atención, y aplicaos seriamente para escuchar y comprender lo que os voy a decir.

Calid:

Habla cuanto te plazca, estoy completamente dis-puesto a escucharte...**TERCERA PARTE**

*de la conversación entre el rey Calid
y el filósofo Morien sobre
el Magisterio de Hermes*

Morien:

¡Oh, buen Rey!, debéis saber perfectamente ante todas las cosas que el humo rojo y el humo anaranjado, y

el humo blanco, y el León verde, y la Almagra, y la inmundicia de la muerte, y lo límpido (es decir, lo claro y transparente), y la sangre, y la Eudica, y la tierra fétida, son las cosas en que consiste todo el Magisterio y sin las que no se podría hablar bien de él.

Calid:

Explícame estos nombres.

Morien:

Os los explicaré seguidamente. Pero antes quiero hacer ante vuestra presencia el Magisterio con las cosas que acabo de nombrar, con todos los nombres que he dicho, para haceros ver por efecto y por experiencia la verdad de lo que os acabo de decir. Pues el fundamento de esta ciencia es que, aquel que quiera aprenderla, aprenda primero la teoría de un maestro, y después que ese maestro haga ver, con frecuencia, la práctica a su discípulo. Hay algunos que buscan durante mucho tiempo esta ciencia en muchas cosas sin poderla encontrar nunca. Pero vos, para hacer la obra no os sirváis más que de las cosas sobre las que me veréis trabajar, y emplead solamente eso para hacer el Magisterio, porque de otro modo fracasaríais con toda seguridad.

Hay muchas cosas que impiden a los que se aplican en esta ciencia llevarla a buen fin. Pues, como dice el filósofo, grande es la diferencia entre un sabio y un ignorante, entre un ciego y aquel que ve claro, y entre aquel que tiene un conocimiento perfecto de la manera de hacer el Magisterio y que lo sabe por experiencia, de aquel que aún tiene que aprenderla y estudiarla en los libros; porque la mayoría de los libros de esta ciencia están llenos de figuras y de alegorías, y parecen tan oscuros y embrollados que sólo quienes los compusieron pueden descifrarlos y entenderlos.

Mas, por difícil que sea esta ciencia, merece ser

buscada y que nos apliquemos a ella más que a cualquier otra ciencia pues, por su medio, se puede adquirir además otra ciencia que todavía es más admirable.

Calid:

Todo cuanto dices es cierto, y la verdad aparece y se deja ver claramente en la explicación que haces.

Morien:

El elixir no puede ser recibido más que por un cuerpo que previamente haya sido bien lavado y que no tenga ningún hedor, a fin de que la tintura aparezca más bella cuando lo haya penetrado; la preparación del cuerpo es, en consecuencia, la primera operación. Empezad, pues, con la ayuda de Dios, y primeramente haced que el humo rojo coja al humo blanco, y juntadlos y extendedlos a ambos por debajo, de manera que en su mezcla pongáis igual peso de cada uno. Cuando estén mezclados, poned más o menos el peso de una libra en un vaso bien grueso, que taparéis perfectamente con betún. Pues en estos humos hay vientos encerrados que si no son retenidos dentro del vaso escaparían y tornarían inútil todo el Magisterio. Pero el betún del que debéis hacer uso es aquel que en los libros de los filósofos es llamado *luten*, en el que pondréis, antes de utilizarlo, un poco de sal, para que sea más fuerte y resista más tiempo al fuego. Después de esto, encended vuestro horno, poned en su interior vuestro vaso para hacer sublimar la materia que está dentro. Esta sublimación debe hacerse después de que el Sol se haya puesto, y es necesario dejarla en el vaso hasta que el día se enfríe. A continuación sacad vuestro vaso y rompedlo, y si veis que aquello que habíais puesto dentro está mezclado y endurecido en un cuerpo que tiene forma de piedra, deberéis tomarlo, tritularlo sutilmente y tamizarlo. Después de esto tomaréis otro vaso de fondo redondo, pondréis dentro vuestra materia bien triturada y

tamizada, y taparéis bien este vaso con el betún de los filósofos; haced después un horno filosófico donde también haréis un fuego filosófico, es decir, conforme acostumbran a hacer los filósofos, que deberá mantenerse igual durante veintiún días. Hay dos tipos de materias válidas para hacer y mantener el fuego filosófico: el excremento de carnero o las hojas del olivo, pues no hay nada que mantenga el fuego del modo que hacen estas dos materias.

Después de que hayan pasado los días que hemos dicho, sacad vuestro vaso del horno y desecad lo que encontraréis en su interior. Tomad después una parte de esta materia y mezcladla con diez partes del cuerpo lavado; además deberéis tomar una parte del cuerpo lavado y mezclarla con una décima parte del cuerpo limpio, y continuaréis obrando de este modo y según este orden, mezclando uno con otro y observando siempre este mismo número, hasta que se mezclen de tal manera que lleguen a ser una única sustancia, con la que haréis el elixir. Es decir, será necesario dividirlo en varias partes, y si se torna blanco y persevera en esta blancura sin desaparecer y sin que se disipe nada por la violencia del fuego, entonces habréis acabado dos partes de este Magisterio. Y este es el modo por el que el blanco se une perfectamente con lo impuro y, fuera de éste, no es posible encontrar otro modo de hacerlo. Porque el alma entra fácil y rápidamente en su propio cuerpo, pero si lo quereis unir a un cuerpo extraño no lo lograréis jamás, y esta verdad es suficientemente clara por sí misma..**Calid:**

Todo esto que dices es verdadero, como ya hemos visto, y Dios recibe las almas de sus profetas en sus manos.

Morien:

Tomad el humo blanco y el León verde, y la

Almagra roja y la inmundicia. Disolved todas estas cosas y sublimadlas, y después unidlas de tal manera que en cada parte del León verde haya tres partes de la inmundicia del Muerto. Haréis lo mismo con una parte del humo blanco y dos de Almagra, y las pondréis en el vaso verde para cocerlas, cuidando de cerrar bien la obertura del vaso según se ha dicho antes. A continuación exponedlo todo al Sol para que se deseque, y cuando esté seco añadidle el Elixir. Finalmente verted por encima el agua de la sangre hasta que sobrenade. Y después de tres días y tres noches, se deberá rociar con agua fétida (o que huele mal) cuidando de no prescindir de ninguno de estos días o de que el fuego se apague, se aumente inflamándose, o que no disminuya lo más mínimo, bajo riesgo de que la cocción no se haga convenientemente.

Transcurridas diecisiete noches abrid vuestro vaso y quitad el agua que encontraréis en su interior, y poned por segunda vez un agua fétida, cosa que se debe hacer durante tres noches sin quitar el vaso del horno; deberá añadirse agua fétida una vez por cada una de estas tres noches; y después de veintiuna noches a partir de esto, sacaréis el vaso del horno y desecaréis el Elixir que hay dentro. Hecho lo cual, tomaréis el cuerpo blanco, en el que ya habréis fijado el blanco, y lo pondréis en un vaso muy pequeño, adecuado al tamaño del horno filosófico, después de haberlo construido. A continuación, disponed debidamente el vaso en el horno de modo que la llama no lo queme ni lo toque.

Deberéis poner el Elixir, del que antes hemos hablado, en una proporción tal que si por encima ponéis una parte del cuerpo blanco deberéis poner once de Elixir. Y después de haberlos mezclados añadiréis a cada onza de este cuerpo mezclado tan sólo la cuarta parte de un dracma de Eudica; hecho lo cual pondréis este vaso en un gran

horno, y lo dejaréis allí durante dos días y dos noches con un fuego que arderá incesantemente por encima. Hecho esto, sacad lo que encontraréis en el vaso. Y para entonces, no olvidéis alabar al Creador altísimo por los dones que os ha concedido. ¡Oh buen Rey!, he aquí la explicación de las especies que intervienen en el Magisterio, a las que nuestros predecesores, los filósofos, han dado muchos y distintos nombres con el fin de extraviar a los que buscan indignamente este Magisterio. Sabed que el cuerpo impuro es el plomo, también llamado *Affrop*. Y el cuerpo puro es el estaño, llamado también arena o tierra. El León verde es el cristal. La Almagra es el latón, al que antes he llamado tierra roja. La sangre es el oropimente. Y el azufre, que huele mal, es lo que yo he llamado tierra fétida. Pero el secreto de todo esto reside en la *Eudica*, también llamada *Moszhacumia*, es decir, heces o inmundicias del vidrio. El humo rojo es el oropimente rojo. El humo blanco es la plata viva. Y por humo anaranjado entendemos el azufre naranja.

He aquí la explicación de todos los nombres de las especies o de las materias que son necesarias para el Magisterio, de las cuales tres son suficientes para hacerlo por completo: el humo blanco, el León verde y el agua fétida. Estas son las tres especies de las que no deberéis decir nada, ni revelar la composición a nadie, dejando que los ignorantes busquen otras cosas para hacer el Magisterio y permanezcan en su error. Pues no lo harán nunca hasta que el Sol y la Luna sean reducidos a un solo cuerpo, cosa que no puede suceder más que por la inspiración de Dios. Muchos son los que creen que la materia secreta del Magisterio es la tierra, o una piedra, o vino, o sangre, o vinagre. Trituran todas estas cosas cada una por separado y las cuecen, y después de haberlas cocido hacen los extractos y los entierran, porque creen que es así como se

debe hacer, deleitándose de este modo en su propio error, para no desesperar de encontrar aquello que buscan. Pero vos debéis saber que ni la tierra, ni una piedra, ni todas las demás cosas con las que trabajan aquellos sirven para nada en el Magisterio, y que con ellas no se podrá hacer nada valioso. Además os advierto que del fuego depende la mayor parte de la obra, pues las minas están dispuestas por su medio, y las almas malvadas están retenidas en sus cuerpos, y su fuego y toda su naturaleza, y todo lo que lo da a conocer perfectamente. Y si desde el principio no habéis advertido que se trata de una sola cosa, todo lo que hayáis hecho en el Magisterio, será inútil. Pues, ¿qué bien se puede esperar si la cosa, es decir, el agua mercurial, que es la cosa principal y el único agente del Magisterio, no obra por sí misma y si no se une al cuerpo puro o perfecto de tal modo que sean un único y mismo cuerpo? Pero si trabajáis de la manera que os he dicho, y si observáis el régimen que os he prescrito con la ayuda de Dios, alcanzaréis el fin de vuestro propósito.

Entended bien mis palabras, e imprimid bien en vuestra memoria el régimen que os he mostrado, y estudiadlo según el orden que os he dictado. Pues por este estudio descubriréis cual es la recta vía de la Obra. Sabed además que todo el fundamento de esta Obra consiste en la búsqueda de las especies y de las materias mejores para hacer el Magisterio. Porque cada minera encierra muchas cosas distintas. Por lo demás, en cuanto a lo que me preguntásteis acerca del humo blanco, sabed que el humo blanco es la tintura y el alma misma de los cuerpos, cuando son disueltos y también cuando mueren, porque ya hemos extraído de ellos las almas y las hemos remitido a sus cuerpos. Pues todo cuerpo, cuando está sin alma, se torna negro y oscuro, y el humo blanco es lo que entra en el cuerpo, como hace el alma, para quitarle por completo

su negrura y su impureza, y reducir los cuerpos a uno y para multiplicar su agua. Lo impuro es negro y muy ligero, y por consiguiente, quitándole su negrura, su blancura se fortalece y su agua se multiplica apareciendo más bello. Entonces la tintura producirá un mayor efecto en él. ¿Qué más decir? Si todas estas cosas son bien conducidas, su tintura hará una buena operación en él. Y el oro que producirá será purísimo y rojo, y el mejor, y el más puro que se pueda encontrar. Es por ello que algunos han llamado a este oro, el oro o el Eteos Romano..En fin, ya no tengo nada mas que decir; una sola palabra para decir que si no hay humo blanco no podrá hacerse de ningún modo el oro Eteo de Alquimia puro y útil. Aquí está todo el sumario del Magisterio y todo su régimen. De modo que si se hace Alquimia poniendo una de sus partes sobre nueve partes de plata, todo será transformado en oro purísimo.

Bendito sea Dios por los siglos de los siglos.

Así sea.